

Las mujeres de Harar

KATYA MANDOKI

Departamento de Síntesis Creativa, CyAD

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

katya_mandoki@yahoo.com.mx



Con el afán de conocer y documentar de primera mano una visión de la estética cotidiana en diversas culturas del continente africano tuve la fortuna de visitar varias comunidades que coexisten en Etiopía. Una de ellas es la comunidad de mayoría musulmana que habita en la ciudad fortificada de Harar, la cuarta ciudad sagrada del Islam, cuya traza y construcción data del siglo XIII al XVI, con 82 mezquitas (lamentablemente cerradas al visitante). Aquí vivió Arthur Rimbaud en el siglo XIX, al alejarse del mundo del arte, que por poco le cuesta la vida huyendo de la pasión que despertó en Verlaine, y que finalmente sí le costó la vida en una muerte dolorosa y prematura por cáncer en la rodilla al estar tan alejado de los servicios médicos y buscar tratamiento en Francia demasiado tarde.

Lo primero que llama la atención es el colorido de los muros, un elemento que difícilmente podría sorprender a alguien que llega desde México, y sin embargo muy sobresaliente debido a que, según me comentaron los residentes, se pintan los muros con frecuencia para evitar la mala suerte y por exhorto del gobierno local.

La alegría visual policromática de sus paredes se complementa armoniosamente con el vestuario. A juzgar por el colorido de las

vestimentas de las mujeres harareñas y el cuidado con que lo ostentan, el color es un elemento cultural fundamental en la estética de la vida diaria en Harar. Contrasta con otras ciudades musulmanas no africanas que ocultan a las mujeres bajo gruesas telas negras o pardas. El estilo particular de Harar –distinto también a otras ciudades musulmanas africanas como Marrakesh o Shefshauen en Marruecos donde las mujeres visten cubrerropas de colores lisos– consiste en las hermosas telas estampadas de vivo colorido en que se envuelven. Más que el color, encanta el porte, el carácter con que se presentan y que trató de ser capturado en estas fotografías.

Mientras el colorido en el atavío de los habitantes urbanos de las ciudades modernas suele ser pardo y apagado, particularmente debido a la homogeneización visual de la mezclilla, aquí en contraste lucen lo que parecería un desfile de aves con cuerpo humano exhibiendo sus plumajes de chales como alas movidas por el aire recorriendo las calles empedradas en sus faenas de cada día. Debo y agradezco a Alfonso Machorro Florencio la idea y la oferta de presentarlas impresas en una exposición en la Galería Otro Punto del Departamento de Síntesis Creativa, y a Angélica León y su equipo en la parte técnica y la presentación.

















